

RESEÑAS

Jean-Claude Carrière, *et al.*, *El fin de los tiempos*, 1998, Barcelona, Anagrama, 285 p.

Se trata de un libro colectivo redactado a partir de entrevistas realizadas a cuatro autores destacados en diversas áreas de estudio, que reflexionan en torno a significaciones religiosas, profanas, filosóficas y científicas del fenómeno.

“Tengo alrededor personas que, entre los 30 y los 40 años, están a punto de derrumbarse. Nada de lo que han emprendido puede dar sentido a sus vidas. No tienen tampoco una idea superior, comunitaria, que les sostenga al borde del vacío. La crisis es terrible. ¿Tiene que ver con el año 2000?, la respuesta es no, pero como la fecha está ahí e invita a reflexionar sobre el declive del siglo, aprovechemos la ocasión”, dice Umberto Eco.

Mientras Stephen Jay Gould observa que los milenaristas en general son movimientos sociales y que “el fervor apocalíptico es el terreno de elección de los desgraciados, los oprimidos, los desposeídos, los desesperados, los revolucionarios místicos y los que se califican a sí mismos como salvadores. En suma, de todos aquellos que no aceptan el mundo tal cual es, para quienes la tierra es un valle de lágrimas”.

A partir del exilio en Babilonia, en el siglo VI a. C., la interpretación de su historia por parte del pueblo hebreo incorpora una espera mesiánica, que no es precisamente la de un salvador sino que podría ser la de una vida bienaventurada por la gracia de Dios. Varios siglos más tarde surgirá la idea de un juicio de los muertos, con una recompensa para los justos y un castigo para los malvados. Aunque sin explicitarla, dicha concepción implica una resurrección final, como la visión del profeta Ezequiel, donde Dios restituye la vida a las osamentas secas.

Progresivamente entre los judíos se configurará la expectativa de un horizonte más allá de la muerte y una recompensa eterna. Jesús promete un fin de los tiempos decidido por Dios, en el que resucitarán los muertos para

RESEÑAS

un juicio universal. Abundando en lo que un floreciente género literario ha desarrollado durante los últimos siglos, los Evangelios confirman una ultratumba, una vida eterna más allá de la historia.

Los cristianos de los primeros siglos adoptaron mayoritariamente el milenarismo, lo cual resultaba normal en una época de persecuciones. Se invitaba a los mártires a creer, invocando sobre todo el *Apocalipsis*, pero éste no es el único texto que habla del fin de los tiempos, dado que en los Evangelios sinópticos Jesús también pronuncia discursos escatológicos.

Algunos historiadores consideran que el cristianismo no habría sobrevivido si en la época de las predicaciones iniciales no hubiese pesado sobre el pueblo judío una amenaza concreta del fin, decisiva para la adhesión de los primeros correligionarios.

La tradición atribuye el libro al discípulo dilecto de Jesús, autor del Cuarto Evangelio y de varias epístolas, pero muchos exégetas concluyen en que sería una obra colectiva elaborada por seguidores de San Juan en Éfeso hacia el año 90, cuando arreciaban las *razzias* de Domiciano. Las profecías apocalípticas infundirían valor a los primeros cristianos, y la mayoría de los comentaristas coincide en que 'la Bestia', 'el Dragón' sería la Roma perseguidora.

En la patrística hubo férreos opositores a la creencia apocalíptica, como San Agustín, que habiéndola abrazado en un primer momento la combatiría por juzgar sus perspectivas más carnales que espirituales, proponiendo una lectura simbólica que omitía el intermedio período de espera; ésta será la hermenéutica oficial de la Iglesia que se resistirá durante varios siglos a la canonización del libro.

"San Agustín venció en el plano de la teología oficial, pero su interpretación no estaba en condiciones de aquietar las tensiones sociales ni de contener las pulsiones colectivas." Porque el milenarismo no es básicamente un problema teológico ni exegético sino de agitación popular. Los movimientos apocalípticos son, de hecho, arranques revolucionarios, por eso precisamente la Iglesia y los poderes en general siempre los han observado con recelo. (Eco) Asimismo, como señala Jay Gould, constituirán una manifestación más de la constante línea de fractura observable a lo largo de la civilización europea entre la cultura elitista y la popular, actualmente en expansión por todos los ámbitos.

Joaquín de Fiore, rompiendo con la interpretación agustiniana, volvió a la escatología de los primeros cristianos y anunció la llegada de un tiempo

RESEÑAS

del Espíritu, período de felicidad entre la atormentada actualidad y el Juicio Final. Su pensamiento marcaría una profunda huella, que puede rastrearse secularmente en personajes tan diversos como Dante, Colón, George Sand, Michelet o Marc Bloch.

Aunque Lutero y Calvino se mantuvieron fieles a la concepción agustiniana, el desarrollo del protestantismo permitió la manifestación más amplia y abierta del milenarismo, sirviéndose del *Apocalipsis* como arma contra el catolicismo al interpretar al Papa como Anticristo y a Roma como la nueva Babilonia.

La entrada en escena de este continente dio un nuevo impulso a la esperanza milenarista; los primeros franciscanos arribados a México (1524), impregnados de un profundo 'joaquinismo' creían próxima la 'última era del mundo'. Por su parte, los pioneros puritanos tendrán la certeza de que América era el lugar desde el que iba a extenderse el reino universal de Cristo. El milenarismo estadounidense constituirá un componente primordial para la identidad de la incipiente nueva nación; algunos afirmarán que 1776 era el momento en que empezaba la cuenta de los mil años.

Piensa Jean Delumeau que la presente disolución de identidades colectivas que nos expulsa de nuestras seguridades tradicionales, convierte al que se acaba en el siglo del 'exilio'; mientras que la observación de la inveterada tendencia a organizar discursivamente pautas regulares conduce a la afirmación de Stephen Jay Gould de que los seres humanos somos "criaturas en busca de estructuras".

Cuando las grandes cosmovisiones se derrumban, el hombre, animal religioso, cuenta con las alternativas de: (aristocráticamente) adoptar una posición filosófica; adherir a una religión oficial; o afiliarse a una secta. Sobre todo en la época actual, una religión delega a la responsabilidad personal seguir sus preceptos o no, curiosamente es menos protectora que una ideología como el nazismo o el marxismo estalinista y maoísta, que pretendían regular cada momento de la vida del individuo. "Mientras que una secta te permite abdicar de tu voluntad para obedecer a la de un gurú (es más bien en estos medios donde se habla del fin de los tiempos o de una nueva época). La cuarta opción es una especie de secta no represiva, menos exigente que una religión, más divertida que una filosofía: la New Age, el sincretismo absoluto que aprueba cualquier posición sin mayor coherencia racional o teológica. Se acepta todo, desde los platos voladores hasta la macrobiótica, desde el budismo hasta la pranoterapia; basta con confeccionar un menú

RESEÑAS

propio: “Una religión *do-it-your-self*” –dice U. Eco, cuya exposición continúa:

La caída en nuestro siglo de las grandes ideologías integradoras de la estructura social, ha provocado un sentimiento de desarraigo en la generaciones más jóvenes. El retorno de las religiones, oficiales o heréticas, ante todo obedece a la necesidad de recobrar el sentido de la aventura colectiva. Por ejemplo, la multitudinaria concentración de juventud convocada por el Papa en París en el verano de 1997, presumiblemente no estuvo inspirada por un sentimiento religioso profundo. Quizá la mayoría de esos jóvenes igualmente se habría reunido para participar en cualquier otra manifestación, pero encontró allí la oportunidad de expresar su adhesión a ideales aceptables y de experimentar cierta unión fraterna. Este comportamiento está emparentado con diversas formas de voluntariado, un fenómeno importante de este fin de siglo.

108

Tras las demiúrgicas pretensiones, la frustración de los revolucionarios de los 60 precipitará su conversión al misticismo, según Eco con la siguiente lógica: “puesto que está demostrado que ya no podemos cambiar el mundo, todo lo que de alguna forma tienda a establecer la existencia de otra realidad será bien recibido (y tanto peor para esa exigencia burguesa y científica de coherencia: juntaremos cosas radicalmente distintas)”; dejándonos la cuestión: “¿El retorno al misticismo es una consecuencia de la crisis del 68 o bien los sucesos del 68 son la primera manifestación de una crisis del marxismo ‘científico’, y por lo tanto el primer capítulo de la *New Age*?”

Para concluir esta noticia, algunos conceptos vertidos por Jean Claude Carrière, que a la pregunta inicial ¿vivimos el fin de los tiempos? responde: “Lo primero que me viene a la cabeza, y que es indiscutible, es que asistimos al fin de ciertos tiempos gramaticales”, consecuencia quizá de que “se haya instalado una nueva pereza”, que nos vuelve “incapaces de percibir matices”.

“Todas las grandes religiones nos invitan a estar preparados para un acontecimiento inminente” y terrible. Los tiempos se han consumido. Este mundo absurdo y brutal debe acabar, etc.: “En esta espera a menudo febril, el primer suceso de carácter extraordinario o sobrenatural, transportado por las alas témerosas del rumor, puede considerarse como el principio del cumplimiento de un guión-catástrofe descrito en los tiempos sagrados.” Los indios también padecen esta obsesión humana del fin, que les estimula singularmente su *capacidad fabuladora*: “Para los hindúes estamos en lo que llaman el Kali Yuga”, la irremediable época de la destrucción.

RESEÑAS

Unas gotas, que no son las de la felicidad, pero invitan a comulgar en cierto optimismo: “El porvenir es con frecuencia inesperado. Pero si todo va de mal en peor, como dicen algunos, hay una cosa que en todas partes del mundo va cada vez mejor: la calidad del vino. ¡Detalle alentador que no carece de encanto! *¿Resistirá el vino al Kali Yuga?*”

ALBERTO SAURET
Departamento Académico de
Estudios Generales, ITAM